

— General, le dijo, yo no soy mas que un jefe al servicio de la República romana, subordinado al ministro y á mi general. Sin su licencia no puedo comprometerme á nada.

Manucci creyó entonces poder acceder á las condiciones presentadas por el general Oudinot, en nombre del ministro de la Guerra, y con esta promesa pudieron los voluntarios y los bersaglieri lombardos desembarcar en Porto d'Ango el 27 de abril por la mañana. El 28 salieron con direccion á Albano, y establecieron sus vivacs en los campos de Roma.

Durante la noche recibió Manara una órden del general José Avanzana, ministro de la Guerra, en la cual, ya fuese por ignorar el compromiso que habia aceptado Manucci, ó ya porque se desentendiese de él, le mandaba que se pusiera inmediatamente en camino con todas sus fuerzas.

En la mañana del siguiente dia hicieron su entrada en Roma en medio de las aclamaciones de la muchedumbre.

Al saber la Asamblea romana la llegada de los Franceses á Civita Vecchia, se habia declarado en sesion permanente.

Entre todos sus miembros se agitaba esta grave cuestion : ¿Se abririan las puertas á los Franceses, ó se opondria la fuerza contra la fuerza?

El triunviro Armellini y otros muchos eran de opinion que debia recibirse amistosamente á los Franceses.

Mazzini, Cernuschi, Herbini y la mayoría querian que se impidiese su entrada enérgicamente hasta el último extremo.

— Antes que todo era preciso salvar el honor, decian ellos. La Asamblea no titubeó, y el dia 26 de abril fué votado á las dos de la tarde el siguiente decreto en medio de las aclamaciones de toda la ciudad :

« En el nombre de Dios y del Pueblo. La Asamblea, despues de la comunicacion recibida por el triunviro, pone en sus manos el honor de la República, y le encarga de rechazar la fuerza con la fuerza. »

Decretada la resistencia, Cernuschi, que habia levantado las barricadas de Milan, fué nombrado inspector de las barricadas de Roma : las alturas fueron coronadas de cañones, y el pueblo se agitó palpitante esperando un gran acontecimiento.

Entonces fué cuando apareció allí el hombre providencial.

Un grito general resonó de pronto en las calles de Roma : — Garibaldi! Garibaldi!

Una inmensa multitud le precedia, y gritaban todos tirando al alto los sombreros y agitando los pañuelos :

— Ya está aquí! ya está aquí!

Seria imposible describir el entusiasmo que despertó su presencia : cualquiera hubiera dicho que era el Dios salvador de la República que corría á la defensa de Roma. Con la confianza se aumentó el valor del pueblo, y parecia que la Asamblea no solo habia decretado la defensa sino tambien la victoria.

Algunas líneas de la Historia de la revolucion romana de Biagio Miraglia podrán dar una idea de este entusiasmo.

« Este vencedor misterioso, rodeado de tan brillante auréola de gloria, que sin haber tomado parte en las discusiones de la Asamblea é ignorándolas, entraba en Roma la misma víspera del día en que la República iba á ser atacada, era en concepto del pueblo romano el solo hombre capaz de sostener el decreto de resistencia. Así es que instantáneamente se unió la muchedumbre al hombre que personificaba las necesidades del momento y que era la esperanza de todos. »

En consecuencia de esto la opinion pública devolvió á Garibaldi su título de general, que en la última campaña le habian negado los mismos por quienes se habia batido.

*
* *

Hé aquí algunos detalles que Garibaldi no ha podido darnos por sí propio á consecuencia de haberse visto obligado á salir inmediatamente para Sicilia, pero que nos vienen de manos de su amigo el señor Vecchi, del historiador de la guerra de 1848, del miembro de la Constituyente romana, del soldado del 30 de abril y del 3 y del 20 de junio, del hombre, en fin, con quien Garibaldi ha pasado el último mes de su permanencia en Génova y de cuya casa ha salido para embarcarse.

Dejaremos hablar al señor Vecchi, ó mas bien reproduciremos sus notas originales.

El señor Vecchi habla con la misma pureza el francés que el italiano.

*

La muerte de Rossi y la fuga del Papa llegaron á noticia de Garibaldi en Ravena, donde habia reclutado una numerosa legion de voluntarios.

Inmediatamente resolvió ir solo á Roma, para ponerse de acuerdo con el gobierno provisional cuyo *factotum* era Sterbino; pero se le hizo com-

prender que su presencia en Roma era tan peligrosa como el acantonamiento de sus soldados en las Legaciones. Le dieron orden de que se acuartelase en Macerata, ciudad sosegada y tranquila, donde entró precedido de una reputación de bandido, y apenas se hubo instalado recibió orden de pasar con su legión á Bieti. Su tropa se dirigió por Tolentino, Froligno y Spoleto, y él fué á Arcoli, porque habia sabido que la policía borboniana y papista comenzaban á sublevar las poblaciones de los Apeninos, por medio del dinero, de la intimidación y del anatema, contra el gobierno provisional de Roma.

Yo era entonces capitán del 23.º de línea del ejército piamontés, y disfrutaba de una licencia de dos meses en Arcoli, cuando mis conciudadanos me nombraron diputado en la Constituyente romana.

El día 20 de enero fuí visitado por Garibaldi, y al día siguiente quiso salir para Bieti atravesando la montaña, desafiando á un mismo tiempo á la nieve y á los bandidos. Los consejos de la amistad y de la prudencia, la oposición de los patriotas no hicieron mas que sobreexcitar su deseo de militar aventurero, y durante mas de una hora anduvimos acompañados por la muchedumbre que lloraba y

se lamentaba de su decisión. Muchos me abrazaron creyendo que no volverian á verme.

El general iba seguido de Nino Bixio, su oficial de órdenes, del capitán Sacchi, su compañero de guerra en el nuevo mundo, y de Aguyar su negro.

El resto de su séquito lo formábamos yo y un pequeño perro, que herido en una pata el día del combate de San Antonio, desertó de la bandera de Buenos Aires, bajo la cual habia vivido hasta entonces, para afiliarse bajo la de Garibaldi.

El inteligente animal caminada siempre al lado del caballo de Garibaldi.

Se llamaba Guerello.

La primera noche la pasamos en casa del gobernador de Arguata, Cayetano Rinaldi, jefe de la reacción clerical que surgia detrás de nosotros y se aumentaba á medida que avanzábamos.

Nos instalaron en una sala que daba al patio y en la que no pusieron luz hasta las diez de la noche; y nos hallamos entre gentes que entraban, salían y cuchicheaban en voz baja.

Llamé sobre todo esto la atención del general, y me respondió en francés :

— Es que están disponiendo nuestra comida.

No creyó decir la verdad, y sin embargo así fué : nos levantamos de la mesa á las doce, y nos trataron

en la comida como si hubiéramos sido cardenales. Al marcharnos recibimos cuatro libras de trufas que el gobernador nos regalaba para nuestro viaje.

A las cuatro de la mañana montamos á caballo, y el hijo de Rinaldi nos acompañó hasta la cumbre de la montaña con una bandera tricolor de seda. Al medio dia devoramos un cordero que el general hizo tostar sobre ramas quemadas, y por la noche nos alojamos en una posada aislada llena de aldeanos armados.

Quizás habian recibido órdenes desde Arguata. Sus fisonomías eran siniestras : los invitamos á beber, y despreciaron nuestra invitacion.

Nos retiramos á dormir y dormimos con el sable al lado y el dedo sobre el gatillo de la pistola. Garibaldi se levantó con la rodilla derecha hinchada y el codo izquierdo resentido del reumatismo que habia cogido en América. No pudo meterse la bota, y se vió precisado á vendarse el brazo.

Despues de haber andado media hora se negaron los caballos á proseguir el camino, porque nos hallá-bamos en una montaña escarpada que la helada de la noche anterior habia hecho intransitable.

Los animales anduvieron mas de una legua sobre nuestras capas que fuimos extendiendo por el suelo, y despues atravesamos una llanura tan cubierta de

nieve que llegaba hasta los pretales de los caballos. Yo para calentarme un poco eché pié á tierra y fui á informarme de la salud del general, que cabalgaba delante de mí con un pié calzado y el otro solo con una media de algodón.

— Y bien, le pregunté, ¿ cómo nos encontramos, general?

Me saludó con esa sonrisa cariñosa que le es habitual, y me dijo :

— Me hallo perfectamente, tantas gracias.

Como caminaba á su lado, sin duda para distraerse de los fuertes dolores que le atormentaban sin debilitarle me llamó la atencion con su rostro sobre el grandioso aspecto de aquella naturaleza salvaje que nos rodeaba.

Con efecto nos hallá-bamos en medio de montañas gigantescas, cuyas cimas escarpadas parecian castillos construidos por Titanes. Por todos lados se levantaban montones de rocas minadas por el tiempo y separadas de la cima, desde la que habian rodado á los valles estrechos y al lecho de un torrente espumoso, terrible, atronador. Aquí y allá se levantaban extrañas casas ocultas entre macizas encinas, castaños y pinos, que se adivinaban por el humo blancuzco que salia de sus chimeneas.

Este paisaje de Salvator Rosa, sombrío por la tor-

menta y mas terrible por el rugido del viento, exaltó el alma de Garibaldi.

— Aquí es, me dijo, donde querria yo encontrar al ejército todo de Radetzki : nuestros bravos legionarios no dejarian volver á Viena á ninguno de sus soldados; aquí, aquí vengáramos á Varus y á nuestros hermanos muertos en la selva de Teusberg.

A las cinco nos encontramos cerca de Cascia, pequeña reunion de casas agrupadas sobre la cumbre de una verde colina. El viento habia ahuyentado las nubes, el sol brillaba sobre las cimas nevadas, convirtiéndolas en montañas de plata, que se destacaban sobre un fondo azul, que á medida que el sol se iba poniendo se trasformaba en un color de rosa muy marcado.

Descansamos cerca de una barraca, y á poco rato llegaron cuatro jóvenes á preguntarnos quiénes éramos.

Apenas pronunció su nombre Garibaldi, echaron á correr, y un cuarto de hora despues el *Gonfaloniero*, las notabilidades, la guardia nacional, la multitud, en fin, con la música á la cabeza corrieron á nuestro encuentro para invitar al general á que fuese á la aldea. Se improvisó como por encanto un arco de triunfo de ramas, el teatro fué iluminado,

y hubo comida y baile en casa del gobernador, quien á pesar de todo era un acérrimo clerical.

Me acuerdo que allí fué presentado á Garibaldi un aldeano poeta, que habia dictado — no sabia ni leer ni escribir — todo un poema sobre la vida pastoral.

A las nueve de la noche vino á contarme un vecino que un jóven de 15 años se hallaba en la prision comunal embrutecido por los golpes y el maltrato que le daba su padre, casado de segundas nupcias á la edad de sesenta años con una jóven aldeana, é instigado por su mujer, que habia acusado al chico de faltarla al respeto.

El gobernador recibió veinte escudos y puso preso al muchachò.

Yo me enteré del hecho y dí parte de él al general.

El padre y el desdichado hijo fueron traídos á su presencia.

La escena que pasó fué á la vez ridícula y repugnante.

El padre no se oponia á que su hijo fuese puesto en libertad, pero reclamaba con la mayor naturalidad y sencillez la cantidad que habia dado para hacerle prender.

El hijo lloraba á lágrima viva y abrazaba á Garibaldi.

En cuanto al gobernador, no sabia qué partido tomar.

Por fin arengó al pueblo desde el balcon, y el jóven fué llevado en triunfo por todos los pilluelos de la aldea.

Al dia siguiente á las cinco de la mañana salió con nosotros un destacamento de la guardia nacional.

Caia una lluvia fina y penetrante.

Nos acompañó hasta Rieti y escoltó á un empleado de hacienda preso en el punto en donde almorzamos, el cual era un espía pagado por el general borboniano Landi, jefe de la columna movilizada de la frontera de los Estados Romanos.

La legion italiana acuartelada en Rieti se componia de tres batallones con un total de 1,500 hombres, á los que estaban agregados los *golancieri*, vestidos y montados á expensas de su comandante Angelo Marsina de Bolonia.

Cuando desembarcaron los Franceses en Civita Vecchia, se hallaba la legion en Anagni, cuna y tumba de Bonifacio VIII, y entonces fué cuando acudió al socorro de Roma. Augusto Vecchi.

Pero faltaban soldados á este general, que tenia por séquito á todo un pueblo.

Se le improvisó una brigada de elementos heterogéneos, de hombres que no se conocian los unos á los otros, y á los que sin embargo debia unir, confundir, amalgamar el entusiasmo que Garibaldi les inspiraba.

La brigada se formó con dos batallones de su propia legion, en los cuales habia una cuarentena de hombres de los que habian vuelto con él de Montevideo, llevando blusa azul y adornos verdes; con trescientos hombres que habian regresado de Venecia; con cuatrocientos alumnos de la Universidad; con trescientos aduaneros movilizados, y por último con trescientos emigrados, reuniéndose entre todos 2,500 hombres, que fueron encargados de la defensa de las murallas desde la puerta Portese hasta la de San Pancraccio y la Valleggieri, y de la ocupacion de todos los puntos elevados extramuros de la villa Casini, conocida con el nombre de *Cuatrocientos* en la villa Pamphili.

Segun todas las probabilidades, este era el sitio que atacarian los Franceses, los que sin duda alguna querrian conservar á Civita Vecchia como base de sus operaciones.

El 28 de abril se hallaba la vanguardia francesa en Palo, á donde habia llegado el dia anterior, abriéndose camino con un batallon de cazadores.

El 29 avanzó hasta Castel Guido, es decir á cinco leguas de Roma.

Entonces envió el general á su hermano el capitán Oudinot y á uno de sus ayudantes con quince soldados de la caballería ligera, para que hiciesen un reconocimiento.

Avanzaron hácia el sitio en donde se dividen las dos vias Aurelianas, la antigua y la moderna, y á una legua de Roma encontraron las avanzadas romanas.

El oficial que los mandaba, dirigiéndose á los Franceses :

— ¿Qué quereis? les preguntó.

— Entrar en Roma, respondieron los Franceses.

— No puede ser, añadió el oficial italiano.

— Es que venimos en nombre de la República francesa.

— Y yo no os dejo pasar en nombre de la República romana.

— ¿Y si no queremos retroceder?

— Ya procuraremos que retrocedais á pesar vuestro.

— ¿Por qué medio?

— Por la fuerza.

— Entonces, dijo el oficial francés volviéndose hácia los suyos, puesto que es necesario hacer fuego...

Y al mismo tiempo descargó una pistola que sacó de sus pistoleras.

— Fuego... , gritó el oficial que mandaba las avanzadas romanas.

Los exploradores, demasiado débiles para resistir un combate, se retiraron á galope dejando en nuestro poder un cazador francés que fué cogido bajo su caballo muerto.

Fué preso y conducido á Roma. El boletín francés anunció que nosotros fuimos los que habíamos huido y que nos persiguieron; pero si esto hubiera sido verdad, ¿cómo era posible que nosotros hubiéramos hecho y conducido á Roma á un prisionero, nosotros que estábamos á pié, mientras que los Franceses estaban á caballo?

No nos faltarán nuevas ocasiones de destruir errores de esta especie.

La partida exploradora corrió á comunicar al general la noticia de que Roma estaba dispuesta á defenderse, anunciándole que no debía contar con entrar en la ciudad, como esperaban, sin disparar un solo tiro y en medio de las aclamaciones generales.

No por esto dejó de continuar su marcha el jefe de la division francesa.

El día siguiente, es decir el 30 de abril, dejando

en la Maglianilla las mochilas de sus soldados, avanzó á paso de carga.

Enmendemos aquí una nueva equivocacion relativa al 30 de abril, como hemos enmendado la concerniente al dia 29 del mismo mes.

Los escritores franceses han dicho que víctimas de una baja intriga, fueron llamados los soldados á la ciudad despues de haber hecho un simple reconocimiento, cayendo en un lazo que se les habia tendido.

El movimiento del 30 de abril no fué de exploracion, y los Franceses no cayeron en ningun lazo.

El movimiento del 30 de abril fué un combate que ya esperaba de antemano el general francés, y la prueba es el plan de la batalla que trascibo á continuacion, y que fué hallado en el bolsillo de un oficial francés muerto, y dirigido por el coronel Masi al general ministro de la Guerra (1).

« Deberá dirigirse un doble ataque por las puertas Angélica y Cavalleggieri á fin de dividir la atencion del enemigo. Por la primera se forzará á las

(1) Yo no trazo aquí una novela: publico unas Memorias, y me veo obligado á traducir textualmente. Ni desmiento ni afirmo; no hago mas que instruir un proceso ante ese grande y último juez que se llama la verdad.

tropas enemigas acampadas en el monte Mario, y en seguida podrá ocuparse la puerta Angélica. Cuando nuestras fuerzas tengan estas dos posiciones, rechazaremos al enemigo con todo el vigor posible en todas direcciones, y el punto general de reunion será la plaza de San Pedro. Sobre todo se recomienda economizar la sangre francesa.»

La idea del general Oudinot no solo era mala, sino que fué muy mal ejecutada: vamos á tratar de probarlo.

El camino que conduce desde Civita Vecchia á Roma, se separa en dos, á 1,500 metros poco mas ó menos de las murallas. A la derecha abre paso hasta la puerta de San Pancracio, á la izquierda hasta la de Cavalleggieri, próxima al ángulo saliente del Vaticano.

Siguiendo el plan trazado, y proponiéndose tomar por detrás el monte Mario para sitiar la puerta Angélica, debia el ejército francés al llegar á la bifurcacion del camino dirigirse por la izquierda con una brigada en direccion del acueducto Paolo, y encaaminarse con la otra por la derecha hácia el Casale de San Pio, procurando apoderarse de la puerta Cavalleggieri.

En aquel paso fué donde los Franceses cometieron un grave error. Dirigieron á los *voltigeurs* del 20º de línea por la derecha, donde encontraron un